

Escuela Nacional de Conservación, Restauración  
y Museografía “Manuel del Castillo Negrete”

## Una breve revisión sobre la metodología para la conservación-restauración

Jannen Contreras Vargas  
Gabriela Peñuelas Guerrero  
Ilse Marcela López Arriaga

# Estudios sobre conservación, restauración y museología

V O L U M E N II

ISBN: 978-607-484-649-2

comisionpublicacionesencrym@gmail.com  
www.publicaciones-encrym.org

### Palabras clave

Metodología, teoría, conservación-restauración, toma de decisiones.

### Resumen

El presente texto busca discutir cuestiones por todos conocidas, entendidas, e incluso practicadas pero aún no suficientemente explicitadas acerca de las metodologías en la conservación-restauración de bienes culturales. Se busca discutir estos puntos a través del señalamiento de lo que entendemos por método, metodología y teoría, identificar y distinguir algunas aportaciones teóricas y metodológicas representativas de otras áreas del conocimiento, algunos de los cambios más significativos en los paradigmas del conocimiento y de nuestro propio concepto de lo que constituye la conservación-restauración, que se han visto reflejados en la práctica. Cierra con una serie de reflexiones de hacia dónde creemos que deben orientarse nuestros esfuerzos en la construcción de teorías y metodologías adecuadas para la conservación-restauración.

### Introducción

**D**ecidimos escribir este texto porque si bien puede pensarse que hoy día está de más hablar sobre la diferencia entre método y metodología, y acerca de lo que se entiende por teoría en nuestro campo, solemos dar por hecho que todos entendemos perfectamente esos términos. Lamentablemente, en la práctica cotidiana hemos escuchado a más de un colega afirmar —o avalar afirmaciones de otros profesionistas—, que no existe teoría para sustentar el queha-

cer profesional de la conservación-restauración; por citar un ejemplo: “No existe hoy en día en la restauración una base teórica formal que sustente todas y cada una de las intervenciones de los proyectos o de los procesos a los que día a día se ven sujetos sus profesionales” (Salinas, 2009:154).

Por otro lado, también se afirma que lo que llamamos teoría es en realidad una justificación, a *posteriori* y *ad hoc*, para las intervenciones sobre bienes culturales. Estamos en desacuerdo con tales enunciaciones; consideramos posible que sean producto de confusiones de antaño, y por ello mismo deben ser discutidas y aclaradas, tanto al interior como al exterior de la profesión.

Inicialmente, para no dar lugar al desconocimiento o confusión de los términos, comenzaremos por definir los conceptos centrales: método, metodología y teoría. En un segundo momento retomaremos importantes paradigmas del conocimiento —desde el positivismo hasta las ciencias de la complejidad— que han permeado las áreas sociales, para discutir brevemente las posturas y cambios más representativos en la concepción e implementación de metodologías en nuestra labor. Concluiremos con una serie de reflexiones de hacia dónde creemos que deben orientarse nuestros esfuerzos como profesión en la construcción de teorías y metodologías útiles para la conservación-restauración, y con una breve revisión de cuestiones teóricas producidas en nuestro país en los últimos años.

## Método, metodología y teoría

- En un recipiente batir harina, chocolate, sal y levadura
- Batir en otro recipiente mantequilla, azúcar, vainilla y huevos
- Agregar la mantequilla a la harina, y agregar leche hasta formar una pasta suave

- Verter en un molde previamente enharinado
- Hornear a 200°C por 1 hora
- Desmoldar
- Servir (preferentemente caliente) con el helado de su preferencia

No es nuestra intención distraer el lector, sólo incluimos esta serie de pasos de la receta para hacer un pastel de chocolate porque más de uno podría suponer que esta es la metodología para preparar un pastel de chocolate, y eso sería incorrecto. Tanto método como metodología no son sólo puntos o actividades a realizar. En el sentido en el que son abordados en una disciplina, son formas de conseguir conocimiento mediante, y para, la resolución de un problema específico.

Aunque el concepto de método es bastante complejo, simplemente diremos que entendemos por éste al conjunto de postulados y normas que constituyen un modelo a seguir para el estudio y solución de un problema de investigación. Así tenemos métodos deductivos, inductivos, etcétera.

Para definir la metodología es necesario señalar que existen varias acepciones del término, entre las principales encontramos la epistemológica y la instrumental (Mancuso, 1999:14). Epistemológicamente, definimos metodología como el área del conocimiento que analiza los métodos, y define el uso lógico, reflexivo y crítico de éstos para conseguir un objetivo planteado. O bien, según el concepto más operativo, entendemos por metodología la forma sistemática de abordar la realidad (Pardinas, 1969: 10).

Así, a través del tiempo se ha desarrollado una variedad de metodologías específicas con el objetivo de resolver los problemas a que se enfrenta cada área del conocimiento para obtener información, interpretarla y aprovecharla. En este sentido, la conservación-restauración desde el inicio de su conformación como disciplina ha hecho lo mismo para

estudiar, comprender e intervenir los bienes culturales. De lo anterior surge la pregunta: ¿podemos tener metodología sin teoría? Nuestra respuesta es categórica: no. Lo cual contrasta de manera sustancial con las afirmaciones planteadas al inicio del texto, relativas a la ausencia de una teoría de restauración.

Tal inconsistencia puede deberse a un malentendido epistémico derivado de buscar entender la teoría como “el conjunto de preconcepciones que se tienen sobre determinados objetos o fenómenos con el fin de determinarlos de manera predecible y bajo un esquema” (Salinas, 2009:167). Sin embargo, en una disciplina como la conservación-restauración resulta equivocado suponer una teoría planteada desde los requerimientos de las ciencias positivistas, que debe servir para predecir un fenómeno cuyas implicaciones están relacionadas con la configuración del sentido y de las significaciones sociales; es tanto como mezclar la gimnasia con la magnesita. Desde la óptica de las ciencias sociales, una teoría es nuestra manera de observar un fenómeno, de hablar de él, de aproximarnos a él, es “[...] el filtro que nos ayuda a entender el mundo que nos rodea y también a dar sentido al pasado” (Schulze, 2008:41); en otras palabras, son nuestros lentes para ver, interpretar el mundo y actuar en él. Es una forma de entender y expresar la realidad, de tal manera que siempre tenemos una explicación respecto de por qué pasa algo, o por qué hacemos algo y nos resulta claro percibir que actuamos en función de ella.

Consecuentemente, conscientes o no de su estructura, en nuestra forma de aproximarnos y entender los objetos, de darle sentido y articular la información y el conocimiento para definir las acciones de conservación-restauración, siempre subyace una postura teórica. Ya Chalmers (1984:48) señalaba que los enunciados desde los cuales se nombran las acciones “[...] se hacen siempre en el lenguaje de alguna teoría y serán tan precisos como lo sea el marco conceptual o teórico que utilicen”. Entonces podemos decir con seguridad que nuestro

particular corpus teórico fundamenta y da soporte a cada acción de conservación-restauración que realizamos, seamos conscientes o no, lo conozcamos o no. En otras palabras, en cada acción de conservación-restauración siempre subyacen elementos teóricos.

## **Crisis de identidad**

De manera poco afortunada, la mayoría de los conservadores-restauradores en México aún requerimos tener mucha más conciencia y claridad sobre nuestro corpus teórico, sus orígenes y modificaciones a través del tiempo. Nuestra hipótesis es que esto puede explicarse por una crisis de identidad, causada en parte porque caímos en la tentación de buscar sustentar nuestra disciplina —y diferenciarnos de quienes ejercen únicamente de manera técnica—, al forzar a la conservación-restauración a caber en la definición de una ciencia dura, positivista. ¿A qué nos referimos con esto?

Existe una visión bastante generalizada respecto de que la ciencia positivista es la única digna de ser llamada ciencia, por ser una actividad que se basa en datos y hechos, que explica de forma objetiva, fiable y “carente de sesgo”, la forma en que funciona el mundo (Chalmers, 1999:1). Esto ha causado una percepción sobre ideas de minuciosidad, determinismo y objetividad absoluta a menudo absurdas (Muñoz, 2005: 75). Ejemplos de esto se encuentran por doquier, como la innecesaria e infructuosa búsqueda del “original” sin entender en sí el concepto, pero empleando una diversidad de técnicas analíticas que brindan resultados idealmente objetivos que pretenden alejar de los peligros del “empirismo” y la subjetividad. Un ejemplo de esto puede ser la búsqueda del tan anhelado color “original” de una pátina metálica a través de los datos obtenidos de la medición por espectrocolorimetría, entre tantos otros.

¿Pero, estas ideas pueden aplicarse a la cultura? La cultura que se construye en función de sujetos, de elementos imposibles de cuantificar y de generalizar, como las acciones, creencias, valores, sentimientos y juicios humanos. Obviamente es imposible, intentarlo resulta un sinsentido, pero el impedimento de aplicar la búsqueda de objetividad propia de las ciencias positivistas es una de las razones por las que se cuestiona si puede haber tal cosa como las “ciencias sociales” (Hutchinson *et al.*, 2008: 1). Aún cuando sea claro que “no existe método científico que sea capaz de juzgar todas las ciencias presentes, pasadas y futuras” (Chalmers, 1999:164), decidir con base en aspectos tan difíciles de medir, de comprobar de manera objetiva, y en general tan complejos, para los conservadores-restauradores puede ser atemorizante porque centra la responsabilidad de la toma de decisiones en nosotros –los sujetos–, lejos de los “datos objetivos”. Dicha responsabilidad cultural había sido señalada por Philippot (1996b: 271) y retomada por González (2010: 7) al abordar la carga subjetiva de los profesionales de la restauración.

Es probable que esta situación provoque un sentimiento de culpa por no ser especialistas en ciencias exactas; nos parece justo que nos señalen como ignorantes o poco profesionales por no tener interés en desarrollar una ecuación para el cálculo de todas las profundidades y diámetros de los poros de un muro; nos hemos sentido inútiles por no dominar todas las posibles técnicas de factura; y nos sonrojamos por no contar con todas las herramientas para realizar una investigación histórica o antropológica. “Somos todo y no somos nada”, hemos dicho o hemos escuchado decir.

Visiones menos maniqueas y más flexibles acerca de la ciencia, como la expresada por muchos autores y popularizada por el premio Nobel Richard Feynman: “La ciencia significa, a veces, una forma especial para encontrar cosas” (Feynman, 1998: 5.), implica principalmente el desarrollo y empleo de metodologías

acordes al área de estudio en la que nos encontremos, lo que por supuesto incluye a las ciencias sociales.

Los conservadores-restauradores no somos científicos de ciencias exactas, y hace tiempo sabemos con seguridad que tampoco somos artesanos; aunque pueda parecer sorprendente, nuestra disciplina está clasificada —al menos en España— como parte de la comunicación y las ciencias de la información (*Código de Áreas de Estudio*, 2014). Por la relación que se tiene con la cultura material, se podría pensar que estaría particularmente involucrada con la antropología cultural, y aquí cabe incluir una reflexión de Jaime Cama, quien ha dedicado al menos 45 años al ejercicio y desarrollo de la conservación-restauración:

La restauración es la ciencia de la antropología que nos permite intervenir físicamente en las obras de arte y en los bienes culturales, para conservarlos devolviéndoles su eficiencia a partir del conocimiento que surge del estudio científico de su materialidad, de su historia, de sus valores y de los intangibles que les dieron origen, así como de la función para la cual fueron creados; para que una vez restaurados, documentados, investigados, catalogados y disfrutados, puedan ser transmitidos a las futuras generaciones en la más plena integridad, autenticidad y comprensión alcanzables en nuestro tiempo (Cama, 2013).

En efecto, somos incapaces de ser “todólogos”, ¡por fortuna! y tampoco deberíamos aspirar a serlo.

Los conservadores-restauradores somos grandes gestores de información, nuestra tarea se basa en conseguir, integrar e interrelacionar conocimiento proveniente de las ciencias exactas y sociales para tomar decisiones y ejecutar acciones acorde a un objetivo dado, que resuelve una problemática específica, relacionada con la conservación de los objetos y los mensajes que tienen importancia para alguna parte de la

sociedad. De este modo estamos inmersos en las ciencias sociales empleando herramientas de otras áreas, y nos relacionamos de manera permanente con otros profesionistas y artesanos. De manera ideal, en la práctica y desde la teoría, la conservación-restauración implica quehacer e investigación interdisciplinaria y transdisciplinar.

Lejos de avergonzarnos, o permitir que se nos señale por no dominar todas las áreas de estudio involucradas, deberíamos estar conscientes y orgullosos de que nuestras metodologías y acciones constituyen el gozne que permite cumplir con los objetivos y tareas de la conservación-restauración de manera integral.

## Revisión sobre el desarrollo de metodologías

Las metodologías que hemos usado para resolver los problemas de conservación-restauración se han modificado en cuanto a la manera de estructurarse e implementarse, como resultado de cambios en los paradigmas de conocimiento que siempre permean todas las áreas e influyen sobre la manera en que explicamos la realidad. Por ello haremos un recorrido desde los principales paradigmas del conocimiento que han influido nuestra área de conocimiento y su relación con el corpus teórico que hemos empleado.

La conservación-restauración inicia su conformación disciplinar de forma paralela al apogeo del paradigma positivista de la comprensión, que según Agnoletto (2009: 6) “[...] consiste en afirmar que se puede dar un modelo racional para adquirir y verificar un conocimiento objetivo”. Podemos encontrar que más de una escuela de restauración se desarrolló bajo este paradigma. Por ejemplo, Eugène E. Viollet-Le-Duc, uno de los exponentes más tempranos y famosos de la *restauración estilística*, quien en 1854 exponía un proceso al que no denominó metodológico pero que

incluía un objetivo para resolver una problemática específica, identificada mediante una estrategia, y un análisis para plantear la solución. Proponía que antes de tomar cualquier acción de restauración se debía establecer la temporalidad de la obra, entender cada parte que la conforma, comprender los principios y las prácticas del estilo al que pertenece, lo que incluye los materiales y las técnicas empleadas por el constructor; elaborar documentación escrita y gráfica para determinar la condición a partir de un análisis crítico –lo que podríamos considerar el diagnóstico–, para finalmente definir los materiales y procedimientos a emplear en la restauración (Viollet-Le-Duc, 1996: 314-315). En su texto reconocemos tres momentos que guían las aproximaciones a los bienes culturales hoy en día: la documentación, la caracterización del objeto y el análisis crítico para la toma de decisiones.

Otra de las escuelas emblemáticas del positivismo es el llamado *restauro científico* (Agnoletto, 2009: 6), cuyo máximo representante, el historiador de arte Cesare Brandi, estableció a la materia de la obra de arte –en tanto vehículo de la imagen–, como el objeto de la labor de la restauración. Brandi señalaba que el único tratamiento de conservación legítimo era el llevado a cabo con la gama más amplia disponible de técnicas científicas (Brandi, 1977, citado en Muñoz, 2005: 68).

Si bien tanto Viollet-Le-Duc como Brandi desarrollaron sus propuestas bajo el paradigma positivista, Viollet-Le-Duc nunca perdió de vista que se restauraba con un propósito para la sociedad. Brandi, por su parte, tampoco se olvidó de los aspectos estéticos e históricos de las obras, y mucho menos de hacer posible que los espectadores recrearan la experiencia estética. En otras palabras, pese al clima positivista en que se desarrollaron sus propuestas, ambos coincidían en el aserto de que se restauraban los objetos para la sociedad.

Podríamos considerar que cuando se buscó adecuar a la realidad del patrimonio mexicano la teoría brandiana de

la obra de arte sufrió una especie de “tropicalización”.<sup>1</sup> La realidad en México incluye diversos tipos de objetos que excedían la definición de obra de arte, pero cuya importancia como bienes patrimoniales no podía ser negada; junto a la obra de Miguel Cabrera hay malacates y rebozos, por ejemplo. Pero esta situación no era exclusiva de México, era una constante que tuvo eco en otros países, como quedó evidenciado en la Convención de 1972 de la UNESCO, donde las necesidades identificadas en diversos lugares propiciaron que la noción de patrimonio cultural y natural fuera definida en cuanto a su cualidad de valor excepcional universal (UNESCO, 1972). Este término es perfectible y se ha seguido discutiendo y desarrollando hasta encontrarse en el punto de concebir el patrimonio como una construcción social, tema abordado por diversos especialistas, antropólogos, arquitectos, arqueólogos y restauradores (Pearce, 2000; Ballart, 2007; Medina *et al.*, 2009; Villaseñor, 2011).

La conveniencia y la utilidad del rigor desarrollado en la conservación-restauración bajo la influencia del positivismo es innegable, pero de manera paralela se desarrollaron visiones basadas en una confianza exagerada en las ciencias exactas; a esta exacerbada y soberbia creencia en las ciencias exactas se le conoce como cientificismo (Bonfil, 2014). En tales visiones subyace la idea de que los datos sólo pueden tener validez si se pueden medir, cuantificar, verificar y exponer de manera “objetiva” y estadísticamente (Bonfil, 2007). En un alarde de cientificismo se ha señalado que aun aquellos ámbitos relacionados con la percepción, lo afectivo y lo emocional deberían ser medidos y usados en forma tal que permitan el análisis y la predicción “objetiva” del parecer y comportamiento de los usuarios.

<sup>1</sup> La noción de “tropicalización” se emplea para describir campañas o movimientos culturales que han tenido origen en un país y después se busca implementarlos mediante su adecuación a otros contextos.

En este punto cabría señalar lo expuesto por el divulgador Martín Bonfil (2014): “La ciencia es una creación humana. Por ello, a pesar de su valor, tiene limitaciones, contradicciones y defectos. Su objetivo es, simplemente, proporcionarnos conocimiento confiable acerca del mundo natural. Transformar ese conocimiento en sabiduría es tarea que va más allá de sus posibilidades”.

Desde las visiones científicas el enfoque se ha centrado de manera exclusiva en la materia, y ha surgido un interés por encasillar a la conservación-restauración como una ciencia dura positivista. Esto motivó que se perdiera de vista a los sujetos relacionados con el patrimonio cultural, hasta el punto en que las medidas y los criterios de conservación-restauración expuestos en las fuentes documentales llegaron a señalar que lo correcto es preservar los materiales a través de aislar lo más posible los objetos de su entorno, o bien considerarlos como parte de un contexto que no implique una acción cotidiana de los individuos (Macías, 2005). Para la mayoría de bienes culturales esta situación modifica o impide sustancialmente las interacciones entre objetos e individuos que les dan sentido, y con ello se elimina cualquier posible razón para conservarlos.

De lo anterior encontramos ejemplos tan cercanos como el caso de las campanas del Templo de Nuestra Señora de los Ángeles (en San Diego Churubusco), cuyo repique fue prohibido hace algunos años, tras la determinación de un grupo de especialistas que advertían sobre la alta probabilidad de que se rompieran, aunque sólo se hicieran sonar anualmente durante las fiestas, y el daño pudiera tomar incluso siglos en manifestarse.

Así, para algunos restauradores ha sido difícil entender la importancia y utilidad social del patrimonio cultural y de nuestra labor, al punto de que más de un colega ha llegado a considerar la restauración como una actividad superflua. De hecho, lo que constituye su importancia no es medible, e incluso si fuera posible esa valoración tendría mayor relación con la conciencia y la sensibilidad que con estadísticas.

## Adopción y constitución de metodologías

Lo adecuado de una metodología se valora con base en qué tan adecuada resulta para el objeto de estudio a investigar y a intervenir, así como de la naturaleza de los problemas a resolver. En este sentido, la adopción de metodologías de otros campos del conocimiento, por el solo hecho de que han tenido éxito en ellos, sería contraria al espíritu científico (Hutchinson, *et al.*, 2008: 7). Por esta razón resulta inútil seguir en la búsqueda absoluta de la “objetividad” como vía para ser profesionales. Sobre la base de que la relación del hombre con los objetos expresa rasgos culturales (Ayala, 2001: 51), las cosas no son sólo cosas, y menos aún los objetos culturales. Por consecuencia nuestras metodologías deben considerar funciones específicas de los objetos, de gran importancia, pues al servir para crear, recordar, tener afectos, agrupar individuos, etcétera; posibilitan, entre otras cosas, la construcción de sistemas de valores e identidades.

Un punto de acuerdo entre la noción positivista, preocupada por el sustento objetivo de los datos, y el reconocimiento de los agentes involucrados en lo que se concibe como restaurable, lo encontramos en los textos del restaurador Paul Philippot.<sup>2</sup> Su propuesta metodológica comienza con el reconocimiento de lo que se conserva (Philippot, 1996b: 271), dejando claro que tal apreciación depende de la conciencia histórica y cultural de los sujetos que la llevan a cabo, tanto del restaurador como de quienes se vincularán con la obra. Por tanto, concibió a la conservación-restauración como un acto crítico del presente con una responsabilidad cultural implícita en la toma de decisiones (Philippot, 1996b: 273), y defendió

2 Paul Philippot sí tuvo una formación por la que bien podría ser más fácilmente considerado como un todólogo, o un humanista integral como los del siglo XIX; fue abogado, historiador del arte y restaurador con estudios de arqueología.

que la disciplina requiere de la combinación de conocimiento empírico, científico y humanístico para cumplir con el objetivo de la restauración: rescatar la voz del pasado desde el presente.

Philippot establecía que la restauración debía basarse en dos componentes: las humanidades y las ciencias exactas (Philippot, 1996a: 216). Debía estar basada en la definición de lo que se restaura, y para ello propone tres acciones: la observación cuidadosa del objeto, recopilación de información y la selección de valores: “Here, the definition of the object to be conserved can only be the result of careful observation, implying both a gathering of information and a choice of values” (Philippot 1996c: 219). Estas acciones constituyen un análisis que debe ser realizado desde el sistema cultural en el que se encuentra inscrito el objeto al momento de la conservación-restauración, tras lo cual el restaurador debe responder tres preguntas esenciales: ¿qué es lo que se considera el objeto completo?, ¿cuál es el contexto?, y ¿cuál es la historia del objeto?

Como podrá notar el lector, en la propuesta de Phillipot permanecen constantes que ya habían sido planteadas por Viollet-Le-Duc, como la documentación, el análisis crítico, y la caracterización del objeto.

Tras las revoluciones en la concepción y generación del conocimiento causadas por las propuestas de Feyerabend, Popper y Kuhn, entre otros, los profesionales de la conservación-restauración fuimos cayendo en la cuenta de que las ciencias exactas buscan reglas generales y reproducibles, mientras en esta área estudiamos y atendemos objetos únicos e inmersos en una complejidad de relaciones y significados: “los conservadores no necesitamos resolver problemas científicos, sino problemas de conservación” (Muñoz, 2005: 124).

Pasada la década de 1980, diferentes autores comenzaron a cuestionar los criterios clásicos de intervención al analizar conceptos adoptados internacionalmente, como la autenticidad (Schneider 2009: 59-71), la realidad y la verdad (Agnoletto,

2009: 7). A raíz de lo anterior, se hizo cada vez más evidente que las propiedades del objeto existen por el sujeto o los sujetos que lo observan, y que la intervención restaurativa cambia la apariencia sensible y, necesariamente, el significado de la obra (Agnoletto, 2009: 3).

Así se ha generado un nuevo enfoque académico crítico, el cual se ocupa también de los sujetos que consumen y valoran el patrimonio en sus distintas dimensiones; éstos son percibidos como actores corresponsables de la construcción social de su patrimonio, en tensión constante con la historia, sus creencias y las de los otros, su contexto político y económico en distintas dimensiones y escalas (Pearce, 2000: 60).

¿Qué tipo de extraordinario ser humano sería capaz por sí solo de contar con todos los conocimientos y habilidades para atender todo lo anteriormente señalado, y además dominar las ciencias exactas necesarias? Sin temor a ser condescendientes con nosotros mismos y con la profesión, podemos decir que ninguno. Precisamente por eso la interdisciplina resulta tan necesaria e importante en la conservación-restauración, en tanto sólo el trabajo colaborativo entre profesionales de distintas áreas de conocimiento permite alcanzar los objetivos de conservación de los bienes culturales.

Dentro de este enfoque, la conservadora Bárbara Appelbaum realizó una de las propuestas más sólidas y conocidas. Al contar con una formación teórica y experiencia profesional en ámbitos públicos y privados, generó un planteamiento, desde una perspectiva incluyente, del momento en que hoy se encuentra la disciplina. Expone tres motivaciones que dieron origen a su propuesta metodológica: la primera se refiere a la incertidumbre posmoderna que ya hemos referido, en el contexto de la cual los conservadores-restauradores debemos hacer una elección puntual sobre procesos que repercutirán en la manera en que un grupo social determinado apreciará dicho objeto (Appelbaum, 2007: XVIII); la segunda se asocia

con carencias en la formación de los restauradores en las áreas sociales;<sup>3</sup> y la preocupación que detecta en los restauradores por las cuestiones técnicas más que por la decisión e implicación de realizar o no un tratamiento.

Respecto del último punto, cabe señalar que la interpretación de la información es central en su planteamiento. Cada acto de conservación-restauración es una interpretación y, por tanto, está delimitada y ejecutada en condiciones espaciales, temporales, culturales y políticas específicas.

La propuesta de Appelbaum ordena aspectos que ya habían sido discutidos, pero de forma aislada, para promover una manera rigurosa de practicar la conservación-restauración; para ello emplea, o propone el empleo de, técnicas y métodos de las ciencias exactas y sociales, y constituye de esa forma el primer ejercicio serio por establecer una universalidad en el proceder metodológico de la conservación-restauración. En concreto, y a grandes rasgos, su metodología incluye la caracterización del objeto; reconstruir su historia; determinar su “estado ideal”; decidir un objetivo realista para la intervención; seleccionar los métodos y materiales; preparar la documentación pre-tratamiento; realizar los tratamientos y preparar la documentación final.

Al considerar que los objetos a conservar son resultado de la complejidad y subjetividad que invariablemente representa la cultura, y que “cada objeto tiene su contexto y debe ser evaluado individualmente, y cada decisión implica juicios de valor” (Appelbaum 2007: XIX, traducción libre de las autoras), resulta imprescindible disponer de maneras sistematizadas que permitan interrelacionar información suficiente y adecuada para sustentar la toma de decisiones —siempre en el marco

3 En la realidad mexicana esta situación poco a poco se ha ido corrigiendo con la inclusión de asignaturas de ciencias sociales en las licenciaturas en restauración, así como por un aumento de los especialistas con estudios de posgrado en ciencias sociales.

deontológico—, en lugar de pretender o acusar sobre la falta de una teoría explicativa y totalizadora que limite, en lugar de guiar, la intervención de todos los objetos a intervenir. Por lo demás, lo anterior constituiría una idea inaplicable, imposible, y a todas luces indeseable.

Actualmente Agnoletto sugiere considerar a la conservación-restauración como un proceso pautado por la ciencia de la complejidad —concepto propuesto por Edgar Morin, entre otros—, en tanto mecanismo para la transmisión y la actividad teórico-práctica (Agnoletto, 2009: 36). En este marco es posible considerar la existencia de diferentes factores que tienen injerencia en nuestros objetos de estudio, en particular en aquellos que no pueden ser analizados o medidos de manera “objetiva”.

## ¿Y en México se construye teoría?

Podemos afirmar que en México se está construyendo un corpus teórico que impacta en las metodologías desarrolladas e implementadas de manera cotidiana. Aunque nuestra disciplina, en efecto, ha padecido de una ausencia analítica en el ámbito de la teoría, tal situación, en nuestra opinión, corresponde a lo que Bourdieu definió como lo “impensable de una época”, lo que no puede ser pensado por falta de herramientas tanto éticas como políticas y “[...] de instrumentos de pensamiento tales como problemáticas, conceptos, métodos, técnicas” (Bourdieu, 2009: 16). Es decir, cuando algo no se hace porque aún no es tiempo de hacerlo. La restauradora y antropóloga Eugenia Macías señalaba en 2000 que no era posible extrapolar lo social a los criterios y acciones de la conservación-restauración por carecer de un cuerpo teórico que marcara límites y alcances. Pero sus propios trabajos (Macías, 2000 y 2005), y los de autores como Jiménez (2004), Insaurrealde (2008), Medina (2009) y Muñoz (2005, 2009, 2010), permiten observar en el

ámbito iberoamericano el inicio de esa discusión; así, pues, y, siguiendo la idea de Bourdieu, es justo decir que ya es tiempo, pues contamos con herramientas para hablar, discutir, escribir y proponer al respecto.

En México, desde el último cuarto del siglo XX se discutió qué podía ser restaurado. Se reconoció a los objetos dentro del marco de la cultura material, que al ser concebidos como documentos permiten una explicación de la historia y el comportamiento de la sociedad, en el entendido de que son manifestaciones tangibles de ideas y sentimientos, pues el ser humano no puede dejar de proyectarse y proyectar diferencias, estados de ánimo, gusto estético y poético como resultado de la imaginación y las expresiones de su mundo simbólico (Ayala, 2001; Jiménez, 2004; Muñoz, 2005).

En ese sentido, un aporte considerable al corpus de la conservación-restauración es la idea de intervenir objetos semióticos; Jiménez propuso que la disciplina se ocupa de bienes culturales considerados objetos semióticos, los cuales deben ser entendidos como parte de un sistema de significación al ser resultado de fenómenos culturales específicos (Jiménez, 2004). De forma casi paralela, Macías estableció cuán imprescindible resultaba entender los mecanismos de relación entre agentes sociales y objetos para plantear las actividades de conservación-restauración. Tal toma de decisión no sólo debe conjugar conocimiento y respeto a la vida cotidiana de las comunidades, sino considerar imprescindible el registro de los usos de los bienes culturales, el entendimiento de su función social actual, de cómo son valorados, si hay diversidad al respecto, y la distinción de cómo se afectan los cambios materiales presentes para su valoración; todo ello para que puedan adecuarse acciones tendientes a integrar a cada grupo de usuarios, y evitar alterar o imponer formas de organización (Macías, 2005).

La restauradora Mirta Insaurrealde, por su parte, resume los cambios que tuvo el objeto de la restauración en México,

centrándose en cómo la preocupación dejó de enfocarse en la obra de arte y dio paso a la construcción de bienes culturales y del patrimonio cultural, todos con un rasgo común: su significación para un grupo social (Insaurralde 2008; 2009).

El movimiento continúa, y en fechas recientes han comenzado a realizarse revisiones sobre prácticas específicas para fundamentar el quehacer de los restauradores. Un ejemplo es el diagnóstico interpretativo propuesto por Cimadevilla (2011), o las discusiones sobre valores de Jiménez y Sainz (2011), y de Villaseñor (2011) publicadas en la revista especializada *Intervención*; Lara y Gómez (2013) también abordaron el tema en el III Simposio de Teoría de la Conservación-Restauración, y también debe mencionarse el reciente trabajo de Medina (2014).

De manera casi paralela, el estudio y revisión de la disciplina desde otras perspectivas o enfoques teóricos ha comenzado a consolidarse. La revisión histórica fue un primer ejercicio realizado por Arroyo (2008); Cruz Lara revisa aspectos para interpretar y reconstruir los objetos de la restauración desde la historia del arte (2008; 2011). Por otro lado, desde la sociología se encuentran el trabajo pionero expuesto por Vega (2008), retomado por Jiménez y Sainz (2011), y revisado y complementado por Peñuelas (2014).<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Con esta breve relatoría de aportaciones que abonan al corpus teórico de la restauración mexicana estamos lejos de abarcar o nombrar todos los trabajos realizados en la materia, sirva únicamente para ilustrar, a quienes sostienen que no existe teoría de restauración, sobre la diversidad y abundancia de trabajos en ese sentido.

## Reflexiones para continuar la discusión

El corpus teórico y metodológico de la restauración se ha conformado a lo largo de la historia a partir de préstamos disciplinares; dicha circunstancia se ha percibido como una debilidad, pero ¿qué área del conocimiento hoy en día se ha constituido de manera exclusiva desde sí misma? Ninguna; en consecuencia, debería considerarse una fortaleza nuestra capacidad de participar en la generación de conocimiento, y en la realización de acciones para la conservación-restauración del patrimonio cultural, a partir del trabajo inter y transdisciplinar.

Hoy en día la conservación-restauración se entiende como una construcción social, y sus profesionales consideramos que en la preservación de los objetos el punto central tiene menos que ver con los aspectos técnico-materiales que con la consideración integral de las relaciones y procesos sociales dinámicos para darles sentido y explicar sus alteraciones (Appelbaum, 2007: XXIX).

Con estos antecedentes queda claro que debemos abandonar definitivamente la idea de las “restauraciones objetivas”. Sería absurdo pensar que las intervenciones sólo repercuten en la materia de los objetos, o que sería útil o necesario medir y comprobar estadísticamente gustos y sentimientos. En su lugar, nuestro proceder y nuestras metodologías deben modelarse para la toma de decisiones informadas y conscientes, pues los bienes intervenidos se originan y tienen pertinencia sólo en el marco de la cultura, para los sujetos con los que se relacionan. Ahora nuestro reto consiste en analizar lo no-material y los procesos de significación para conseguir integrar un enfoque social a los datos objetivos obtenidos mediante las ciencias exactas, de modo que podamos entrelazar herramientas, métodos y metodologías, para hacer de la conservación-restauración una práctica transdisciplinar.

## Bibliografía

Agnoletto, Sara (2009), “La restauración bajo la perspectiva de la complejidad”, tesis de maestría en conservación y restauración de bienes culturales, Valencia, Universidad Politécnica de Valencia.

Appelbaum, Barbara (2007), *Conservation Treatment Methodology*, Burlington, Butterworth-Heinemann.

Arroyo Lemus, Elsa (2008), *Pintura novohispana. Conservación y restauración en el INAH: 1961-2004*, México, INAH.

Ayala, Iván Leroy (2001), “En casa del herrero: el cuchillo, entidad cultural”, en *2300 cucharas y utensilios, 2800 años* (2ª. ed.), México, Museo Soumaya-Asociación Carso A. C.

Ballart, Josep 2007 *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*, Barcelona, Ariel.

Brandi, Cesar (2000 [1969]), *Teoría de la restauración*, María Ángeles Tojas Roger (trad.), Madrid, Editorial Alianza.

\_\_\_(1996 [1963]), “Theory of Restoration” (parte I y II) en Nicholas Stanley-Price, Kirby Talley y Alessandra Melucco (comps.), *Historical and Philosophical Issues in the Conservation of Cultural Heritage*, Los Angeles, The Getty Conservation Institute, pp. 230-235 y 239-242.

Bonfil Olivera, Martin 2014 “Cientificismo”, *¿Cómo ves? Revista de divulgación de la ciencia de la UNAM*, núm. 185, en línea [<http://www.comoves.unam.mx/numeros/ojodemosca/185>], consultado en abril de 2014.

\_\_\_(2007), “La confiabilidad de la ciencia”, *¿Cómo ves? Revista de divulgación de la ciencia de la UNAM*, núm. 101, en línea [<http://www.comoves.unam.mx/numeros/ojodemosca/101>], consultado en abril de 2014.

Bourdieu, Pierre (2009), *El sentido práctico*, México, Siglo XXI.

Peñuelas Guerrero, Gabriela, (2014), “La valoración en la restauración en la ENCRYM”, entrevista a Jaime Cama (mecanoescrito).

Chalmers, Alan (1999), *What Is this Thing Called Science?* Queensland, University of Queensland Press.

\_\_\_(1984) *¿Qué es esa cosa llamada ciencia? una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*, México, Siglo XXI.

Cimadevilla Cervera, Ilse (2011), “El diagnóstico, un mapa interpretativo del bien cultural y su implicación en la toma de decisiones. El caso de un conjunto de piezas metálicas ubicadas en la tinaja I, en la fortaleza de San Juan de Ulúa, Veracruz”, tesis licenciatura en restauración de bienes muebles, México, ENCRyM-INAH.

Cruz Lara Silva, Adriana (2008), “Estética y política nacionalista en la restauración de tres urnas zapotecas durante los siglos XIX y XX”, tesis de maestría en historia del arte, México, FFyL-UNAM.

Cruz Lara Silva, Adriana (2011) *El nacionalismo como eje interpretativo del objeto prehispánico. La restauración de tres urnas zapotecas durante los siglos XIX y XX*, México, INAH.

Feynman, Richard (1998), *The Meaning of it All* (ed. de Allen Lane), Reading, Perseus Books.

Hutchinson, Phil, Rupert Read y Wes Sharrock (2008), *There is No Such Thing as a Social Science: In Defense of Peter Winch*, Cornwall, Ashgate.

González Tirado, Carolusa (2010), “El restaurador como artista-intérprete”, *Intervención Revista internacional de Conservación, Restauración y Museología*, año 1, núm 1, pp. 7-15.

Insaurralde, Mirtha (2009), “El oficio de conservar la memoria. Una reflexión acerca de la relación entre museos, patrimonio y restauración”, en *Actas do I Seminário de Investigação em Museologia dos Países de Língua Portuguesa e Espanhola*, en línea [<http://ler.letras.up.pt/uploads/ficheiros/8180.pdf>], consultado en abril de 2013.

\_\_(2008), “De la obra de arte al patrimonio cultural. Consideraciones para la conceptualización del objeto de restauración”, tesis de licenciatura en restauración de bienes muebles, Guadalajara, ECRO.

Jiménez Ramírez, Mauricio (2004), “El objeto de la restauración. Fundamentos teóricos de una práctica”, tesis de licenciatura en restauración de bienes muebles, México, ENCRyM-INAH.

Jiménez Ramírez, Mauricio B. y Mariana Sainz Navarro (2011), “¿Quién hace al patrimonio? su valoración y uso desde la perspectiva del campo de poder”, *Intervención. Revista internacional de Conservación, Restauración y Museología*, año 2, núm. 3, pp. 14-21.

Macías Guzmán, Eugenia (2009), “Utilidad de herramientas antropológicas y semióticas en el estudio de bienes culturales en uso, los mandiles de las fiestas de mayo en Acatlán, Chilapa, Guerrero”, en Renta Schneider (comp.), *La conservación-*

restauración en el INAH. *El debate teórico*, México, INAH-CONACULTA, pp. 75-95.

\_\_(2005), *Sentido social en la preservación de bienes culturales. La restauración de una comunidad rural. El caso de Yanhuatlán Oaxaca*, México, Plaza y Valdés/Conaculta-INAH.

\_\_(2000), “1988-1998: Enfoques sociales de las políticas culturales institucionales vinculadas con el INAH en la Coordinación Nacional de Restauración, como criterios metodológicos del restaurador en su trabajo al interior de una comunidad”, tesis de licenciatura en restauración de bienes muebles, México, ENCRyM-INAH.

Mancuso, Hugo (1999), *Metodología de la investigación en ciencias sociales Lineamientos teóricos y prácticos de la semiopsitemología*, Buenos Aires, Paidós.

Medina González, Emma Isabel; Maricarmen Castro, Valeria García, María Eugenia Marín Benito y Patricia Meehan Hermanson (2009), “Una primera aproximación a la normativa en materia de conservación del patrimonio cultural de México”, en Renata Schneider (comp.), *La conservación-restauración en el INAH. El debate teórico*, México, Conaculta-INAH, pp. 137-157.

Medina González, Isabel (2014). “Una vuelta al fundamento conceptual del valor: nuevos encuentros desde la filosofía, la psicología, la economía, la sociología, la antropología, la axiología”, en *Ensayos del Seminario Taller en Valoración de Acervos Museológicos*, México/Brasilia Ibermuseos, pp. 30-47.

Muñoz Viñas, Salvador (2010), “Delicias y riesgos de los artístico”, en *Intervención, Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología*, año 1, núm. 1, pp. 16-18.

\_\_(2009), “Minimal Intervention Revisited”, en Alison Richmond y Alison Bracker (eds.), *Conservation, Principles, Dilemmas and Uncomfortable Truths*, Londres, Butterworth-Heinemann, pp. 47-59.

\_\_(2005), *Contemporary Theory of Conservation*, Oxford, Butterworth-Heinemann.

Pardinas, Fernando (1969) *Metodología y técnicas de investigación en ciencias sociales*, México, Siglo XXI.

Pearce, Susan (2000), “The Making of Cultural Heritage”, en Ericka Avrami, Randall Mason y Martha de la Torre (eds.), *Values and Heritage Conservation, Research Report, Los Angeles*, The Getty Conservation Institute, pp. 59-64.

Peñuelas Guerrero, Gabriela (2014), “La valoración del patrimonio cultural en el campo de la restauración”, tesis de maestría en comunicación y estudios de cultura, México, Iconos Instituto de Investigación en Comunicación y Cultura.

Philippot, Paul (1996a [1983]), “Restoration from the Perspective of the Humanities”, en Nicholas Stanley-Price, Kirby Talley y Alessandra Melucco (comps.), *Historical and Philosophical Issues in the Conservation of Cultural Heritage*, Los Angeles, The Getty Conservation Institute, pp. 216-229.

\_\_(1996b [1972]), “Historic Preservation: Philosophy, Criteria and Guideliness”, en Nicholas Stanley-Price, Kirby Talley y Alessandra Melucco (comps.), *Historical and Philosophical Issues in the Conservation of Cultural Heritage*, Los Angeles, The Getty Conservation Institute, pp.268-274.

Salinas Nolasco, Manlio (2009) “Filosofía y ciencia. Lectura sobre las concepciones teóricas de la restauración”, en Renata

Schneider (comp.), *Conservación-restauración en el INAH. Debate teórico*, México, CONACULTA-INAH, pp. 153-172.

Schneider Glantz, Renata 2009 “La noción de autenticidad y sus repercusiones en la conservación del patrimonio cultural en México”, en Renata Schneider (comp.), *La conservación-restauración en el INAH. El debate teórico*, México, CONACULTA-INAH, pp. 59-71.

Schulze, Niklas (2008), “El proceso de producción metalúrgica en su contexto cultural: los cascabeles de cobre del Templo Mayor de Tenochtitlán”, tesis de doctorado en antropología, México, IIA-UNAM.

Universidad de Santiago de Compostela, “Código de Áreas de Estudio”, en línea [[http://www.usc.es/estaticos/servizos/ore/pdf/socrates/area\\_cod\\_anexI\\_07.pdf](http://www.usc.es/estaticos/servizos/ore/pdf/socrates/area_cod_anexI_07.pdf)], consultado en abril de 2014.

Vega Cárdenas, Alfredo (2008), “El oficio del restaurador como instrumento de destino. Elementos teóricos y metodológicos para una sociología de la restauración”, tesis de maestría en filosofía social, Tlaquepaque, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Viollet-Le-Duc, Eugene Emmanuel (1996 [1854]), “Restauration”, en Nicholas Stanley-Price, Kirby Talley y Alessandra Melucco (comps.), *Historical and Philosophical Issues in the Conservation of Cultural Heritage*, Los Angeles, The Getty Conservation Institute, pp. 314-317.

Villaseñor, Isabel (2011), “El valor intrínseco del patrimonio cultural: ¿una noción aún vigente?”, en *Intervención, Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología*, año 2, núm. 3, pp. 6-13.